



# BOLETIN

## DE LA ASOCIACION

# LA SALLE

Lo que Dios manda creer,

bien puede publicarse.

*Luis Veuillot.*

PANAMÁ

No. 26.

JUNIO

1917.

IMPRESA "LA UNION."

# BOLETIN DE LA "ASOCIACION LA SALLE"

## REVISTA MENSUAL

Director: JUSTO CARRASQUILLA M

Administrador: JOSE A. VEGA.

Los trabajos de esta Sociedad tienden:

1º A estrechar los vínculos de unión destinados a conservar las ideas y prácticas religiosas adquiridas en el Colegio.

2º A esforzarse para que a la Religión se le dispensen la atención y respeto que ella merece.

3º A propender al adelanto intelectual y moral de los socios.

4º A promover los conatos de protección mutua.

El Boletín de la

### "Asociación LA SALLE"

se vende en el Centro de la Sociedad.

Valor del ejemplar..... \$ 0,20

Suscripción al año..... 2,00

Toda correspondencia relativa al Boletín debe dirigirse al Secretario de la "Asociación La Salle." Apartado 554.

## LITERATURA Y LITERATOS.

### II.

El crítico de hoy tiene que ser punto menos que omnisciente. Son tantos y tan portentosos los inventos y descubrimientos de todo género que se han realizado en el terreno de lo experimental y en el de la investigación histórica, que quien no posea una severa disciplina científica, servida por un singular poder de intuición artística, no está apto para desempeñar con lucimiento y acierto el que se ha dado en llamar "el sagrado magisterio de la crítica".

Por eso son tan pocos los maestros en este arte, que tiene, por lo menos, tanto de ciencia como de arte.

España puede ufanarse con los nombres de Federico Balart, de Juan Valera, del malogrado Padre Francisco Blanco García y, más que todo, con el de Marcelino Menéndez y Pelayo a quien la voz unánime de los entendidos proclama "el genio español de la crítica".

Y no hay duda que lo es, a despecho de cuantos reparos y reticencias puedan formular los que no quieren sufrir que ótro se encumbre mientras ellos arrastran penosamente su estimable medianía.

La labor histórico-crítica de Menéndez y Pelayo se impone, ante todo, por lo vasta y por lo netamente cristiana y nacional.

Amamantado, desde sus más tiernos años, a los pechos de la más sana y fecunda enseñanza humanística adquirió su espíritu prócer aquella elasticidad maravillosa, aquel equilibrio de facultades y aquella independencia de criterio, tan amplio y tan generoso, que, con el tiempo, fueron imprimiendo un sello de inconfundible serenidad objetiva a la gran mayoría de sus producciones. Aun en los arrebatos y escarceos juveniles, cuando la risa franca y finamente sarcástica brota de su pluma de improvisado polemista para herir de muerte a las flamantes teorías de los enemigos de la "Ciencia española"; aun en esas vindicativas

páginas, que a muchos parecen frutos en agraz, resplandecen ya las dotes soberanas del gran crítico español. En su alma "grande, tempestuosa y bravia," "como los montes de su amada patria", cabían holgadamente la ciencia del filósofo, la perspicacia y alteza de miras del crítico, el poder asombroso de las síntesis geniales y el fecundo bullir de la fantasía y del sentimiento que revelan las hondas emociones del poeta.

Que Azorín, extraviado por sus aficiones modernistas, haya dado un lamentable tropiezo al juzgar las obras de Menéndez y Pelayo, nada tiene de extraño. Quien se aferra tenazmente a una doctrina estética de refinamiento psicológico y de vaguedad sentimental no está en condiciones para apreciar la soberbia arquitectura del templo levantado por un artista de la talla de Don Marcelino.

Hay en todos los tiempos temperamentos privilegiados que abarcan con mirada comprensiva desde el insignificante detalle de pura erudición hasta las más encumbradas especulaciones sobre el arte y la vida; que así se hacen cargo del magistral y profundo alegorismo dantesco, como se gozan con los retozos realistas de la risueña musa lopianá: es en ellos instintiva y predominante la intuición de la belleza en todas sus manifestaciones. Por eso les corresponde el calificativo de genios, porque son titanes de la idea, cuyas obras dan valor y sentido determinado a la época en que viven y a la literatura que ilustran. Menéndez y Pelayo pertenece a esta categoría superior, mientras que Azorín no pasa de ser un ingenio vivo y penetrante, tocado de la manía de los de su escuela. Y al circunscribirse a los límites de una escuela se cierra a sí mismo las puertas que dan acceso al alcázar del arte soberano y eterno.

Para hacer más patentes las profundas diferencias que median entre la crítica amplia y armónica de Menéndez y Pelayo y la crítica restrictiva y amañada de Azorín, conviene contestar a las siguientes preguntas: *¿Cuáles son las escuelas críticas a que pertenecen, o si se quiere, ¿cuáles son sus tendencias predominantes? y ¿cuáles los principios que profesan y los métodos que emplean?*

De Azorín puede decirse que milita en la escuela impresionista; su crítica es ante todo personal, psicológica, como él anhela; pero con una psicología sui géneris, de subjetivismo algo cerrado, paradójico, sentimental. . . . De ahí nace su repugnancia instintiva por el elemento objetivo, erudito, formal y por la franca y briosa ejecución artística; prefiere lo accidental, el rasgo inesperado, los matices vagos, el refinamiento, las tintas caprichosas, el conceptismo gracianesco; en una palabra, no tiene "la abertura de pecho"—que diría Cejador—que se necesita para tirar de la barra con Menéndez y Pelayo. Este señorea la historia como si para él hubiese sido escrita; llega, en casi todas las cuestiones planteadas, hasta la raíz de los hechos y de sus causas; trabaja con materiales allegados, en gran parte, por mano propia; bebe en las fuentes primitivas en vez de contentarse con las corrientes derivadas que suelen acarrear mucho cieno. Su crítica es un término medio entre la crítica positivista de Taine y la crítica psicológica de Sainte Beuve. Más amplio que el segundo; menos sistemático y más jugoso y flexible que el primero, posee Menéndez y Pelayo lo que a ambos falta: la savia purificadora de su acendrado catolicismo.

Sus propias confesiones respecto del ideal por él perseguido como historiador literario no dejan el menor resquicio a la duda. Oigámosle: *"La historia literaria, lo mismo que cualquier otro género de historia, tiene que ser una creación viva y orgánica. La ciencia es su punto de partida,*

pero el arte es su término, y sólo un espíritu magnánimo puede abarcar la amplitud de tal conjunto y hacer brotar de él la centella estética. Para enseñorearse del reino de lo pasado, para lograr aquella segunda vista que pocos mortales alcanzan, es preciso que la inteligencia pida al amor sus alas, porque, como dijo profundamente Carlyle (y con sus palabras concluyo), "para conocer de veras una cosa, hay que amarla antes, hay que simpatizar con ella" (Orígenes de la Novela-tomo IV-Introducción página 63.)

Cotéjense las frases anteriores con estas ótras tan significativas y profundas del independiente y atrevido Clarín: *Marcelino no se parece a ningún joven de su generación. . . Hay en sus facultades un equilibrio de tal belleza, que encanta el trato de este sabio, cuyo corazón nada ha perdido de la frescura entre el polvo de las bibliotecas: Menéndez y Pelayo va a los manuscritos, no a descubrir motivos para la vanidad del bibliógrafo, sino a resucitar hombres y edades; en todo códice hay para él un palimpsesto, cuyos caracteres borrados renueva él con los reactivos de una imaginación poderosa y de un juicio perspicaz y seguro. Y renglones adelante añade: "Menéndez y Pelayo comprende y siente lo moderno con la misma perspicacia y grandeza que la antigüedad y la Edad Media."* (Citado por Adolfo Bonilla y San Martín-Orígenes Novela tomo IV.)

Y aquí Clarín toca un punto que requiere algunos comentarios y aclaraciones, en vista de que Azorín presenta al eximio autor del *Horacio en España* como enemigo del arte moderno, y otros críticos han creído descubrir en sus libros una marcada preferencia por la antigüedad clásica y por el Renacimiento español, en detrimento de la Edad Media.

Un adarme de razón tienen los que tal piensan, pero nada más que un adarme. En efecto, es cierto que en sus obras juveniles, *La ciencia española, Los Heterodoxos españoles, . . .* preocupado Menéndez y Pelayo por el deseo de dar el mayor relieve posible a los pensadores y humanistas del Renacimiento, representantes, todos ellos en conjunto, del mayor florecimiento de la ciencia en España, se desentendió quizá más de lo debido de la Edad Media; y aun llegó a estampar frases que revelan cierto desvío respecto del caudal científico-estético de aquella asendereada época, objeto, más que de serias investigaciones, de las huecas y sonoras declamaciones de los románticos. No es de suponerse, sin embargo, que Menéndez y Pelayo cediese al prurito de desprestigiar la civilización cristiana que informa todas las instituciones sociales y las creaciones bellas de aquel largo período de fermentación moral, literaria y científica; semejante hipótesis equivaldría a poner en abierta contradicción el cristianismo a *machumartillo* del autor con su ideal artístico, consecuencia de todo punto inadmisibile y que las mismas rectificaciones contenidas en las Advertencias preliminares de la segunda edición refundida de los Heterodoxos desautoriza de manera concluyente. Lo que ocurrió puede explicarse fácil y satisfactoriamente. Menéndez y Pelayo conocía al dedillo los monumentos filosóficos y literarios del Renacimiento y embebido en la contemplación de sus bellezas, reflejo y trasunto de las bellezas paganas de Grecia y Roma, relegaba a segundo término el arte realista y popular de la Edad Media, cuyas obras maestras no habían sido ilustradas como lo han sido después por los incansables artífices de una de las más gloriosas restauraciones históricas. Pero ¡cuán presto echó de ver lo que tenían de extremados sus juicios en el particular, y cómo pagó con creces su leal tributo de reparación a las grandezas morales y literarias de aquel tiempo de sencilla rudeza nativa!

¡Qué galería tan pintoresca la de la *Antología de poetas líricos! . . .*

¿Cuándo se han escrito en España semblanzas como las del Cid, de Gonzalo de Berceo, del Arcipreste de Hita, del Marqués de Santillana? Cada una de ellas luce primores de tan subidos quilates que han llamado la atención y forzado, por decirlo así, la admiración de cuantos las han leído. Otro tanto podría afirmarse de *Orígenes de la Novela* donde la galana prosa del maestro llega al mayor grado de perfección aseguible invalidando de hecho la afirmación antojadiza de Azorín acerca del estilo oratorio y prolijo de Menéndez y Pelayo, y corroborando plenamente lo que éste consigna con honrada pluma en las ya citadas Advertencias preliminares de los *Heterodoxos*: "*Para mí el mejor estilo es el que menos lo parece, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no pude menos de pagar algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba.*"

La verdad de esta paladina confesión puede probársela a sí mismo cualquier lector medianamente versado en asuntos de esta índole, leyendo alguna de las obras ya mencionadas, o la semblanza literaria del *Doctor Manuel Milá y Fontanals*, o el impecable discurso pronunciado al celebrarse el tercer centenario de la publicación del Quijote.

Quien no reconozca en Menéndez y Pelayo a un estilista de primer orden, debe de ser discípulo de Paravicino o de algún otro zurcidor de extravagancias.

FERNANDO ZAMORÍN.

## DE LA VIDA.

—No me digas nada sobre ese particular, porque ni tú sabes lo que yo sé, ni has sentido lo que yo en esta armonía de la vida que llamamos amistad, estimación recíproca, o como mejor te parezca.—Yo he sido amigo leal siempre y hasta desinteresado, pero como ya en estos tiempos no se sabe en qué consiste la lealtad, de ahí que los que nos hemos quedado con la maña vieja de sinceros hayamos llegado a un punto en la vida que llevamos en que hemos venido a ser algo extraño en las nuevas faces que ella toma en su natural desarrollo. Lo único que puedo asegurarte es que yo soy hasta aquí el mismo de antes, pero eso no lo puedes tú decir de otros.

—Claro está, porque los hombres son libres para proceder.

—Nadie lo niega.—De lo que se habla es de que el proceder de algunos no va encaminado por donde debiera ir tratándose de corresponder a quienes los estiman.—La libertad es una cosa y la gratitud es otra.—Mas como hoy andan las cosas como en guerra, todo revuelto y confundido, comenzando por el mismísimo criterio, de ahí que no pueda hablarse siquiera de algunas cosas sin que se levanten contra uno muchas voces de protesta y le digan como la chula de cierta zarzuela: ¿y a mí qué me cuenta usted?

—Pues entonces lo mejor es estarse calladito.—No debíamos olvidar nunca aquello de que en boca cerrada . . . .

—Me alegro que hayas salido con tu máxima tan vieja como el mundo, y que creas que has dado *en toda la cabeza del clavo*.—Te has equivocado también.—Las moscas no sólo se entran por la boca, que también saben hacerlo por las narices.—Nada menos que ayer en una escuela primaria de esta capital una niña derramó un tintero porque una mosca se le entró por una de las ventanillas de la nariz; vino el consiguiente

estornudo, y ya puedes suponer todo lo demás que ocurriría con el indispensable *asperges*.

—Bien; pero eso quiere decir que no hay regla sin excepción.

—Pues yo diría ya que las excepciones son las que constituyen la regla.—Todo anda en el mundo tan dislocado!

—Y lo mejor sería que no pensases mucho en eso, porque acabarías por perder la *chabeta*. Vamos al grano.—¿Qué era lo que tú querías sostener?

—Pues..... hombre..... para andar sin rodeos, comenzaría por afirmar que soy un defraudado en la amistad.

—Y que eres un niño, un ingenuo, como dice algún personaje nuestro. Hoy el mejor amigo es uno mismo, y ni a ese siquiera hay que tenerle confianza. Acuérdate del cuento del comerciante avaro que, por distracción, se guardaba en los bolsillos algo de las ventas que hacía, y después él mismo aseguraba que es tan cierto aquello de que no puede confiarse de nadie, que él mismo se estaba robando.

—Sí, así está la vida. Ya no tenemos confianza ni en nosotros mismos.

—Que lo digan los Programas administrativos de algunos caciques.

—Cállate, hombre, cállate. Parece que te di en la vena, pero tú debes comprender que me comprometerías obligándome a escuchar tus opiniones en ese particular. Pasa uno, oye algo de lo que estás diciendo, y, sin conciencia de lo que ha oído, va y cuenta que estamos aquí formando una conspiración. Tú te quedas muy fresco, y yo, quizás, si no voy a *chirona*, puedo irme para mi casa y no regresar.

—Tienes mucha razón.—Perdona si te iba comprometiendo. Ade más, los hombres infidentes están en una mayoría.....

—Que quitan las ganas hasta de vivir. La deslealtad es una atmósfera impropicia á toda acción noble; pero la calumnia, que es mucho peor, ha llegado a ser un recurso de la cobardía, y no poco se ha explotado ese filoncito para alcanzar las aspiraciones.

—Y con ese procedimiento.....

—¿Para qué decir nada más?

Nos estamos haciendo un daño tan grave, que quién sabe a dónde iremos a parar más tarde.—Me atrevería a comparar nuestra vida con la de los huevos: hay que tenerla como a éstos, al aire libre, al fresco siempre, porque como usted los guarde en lugares siquiera tibios, dé por seguro que no le servirán para nada: a los dos días de aquel medio quizás muy agradable para algunos, los huevos se alteran, se rebotan, se enhuevan.

Y no habló con más elocuencia Sarathustra.

SALOMÓN PONCE AGUILERA. (A. L. S.)

Junio: 1917.

---

## LOS ENEMIGOS.

Son los mismos de siempre.

En sus cerebros atrofiados por la vanidad, apenas si bulle la savia vivificante de nuevas ideas.

Apóstoles de la libertad, son los primeros victimarios de ella.

En fanfarrona audacia se llaman a ellos mismos los consagrados, los elegidos, los únicos y los mejores; cuestión de temperamento, que

nosotros consideramos como manifestaciones de desequilibrio. A los que no estamos como están ellos, nos llaman los ultramontanos enemigos de todo progreso y de toda idea de civilidad, y sin embargo, vedlos que aun permanecen estancados; con su misma mezcla de Judas y de Fariseos, dispuestos a vender la doctrina y a traicionar la idea cuando no respondan a los apetitos desordenados con que ellos sueñan.

Y así son los únicos peseedores de la verdad absoluta.

Y así se declaran los dueños únicos del remedio de todas las calamidades que existen sobre la tierra.

Cuánta insensatez.

Y aun se atreven a proclamarse los pontífices de doctrinas que ya han caído en desuso.

Locura? No sabemos cómo se podrá definir mejor esta especie de empecinamiento que los lleva a cometer tantos desatinos.

No tienen el genio de conductores de pueblos porque no pueden conducirse ellos mismos.

Ilotas a quienes la Religión del Cristo hizo ciudadanos que hoy se rebelan contra la eterna verdad que un día les alumbrara el sendero por donde nuevos Saulos iban camino de la eterna oscuridad.

Cuando resueltos están ya todos los problemas del proletario en la gran democracia católica, ellos se dicen los únicos capaces de resolver esos problemas.

Como administradores de la cosa pública, no dan resultado práctico alguno; como reguladores de la marcha ascendente de la sociedad, la hacen descender hacia un estado de degradación en que los vicios son entronizados como virtudes, y las virtudes son tenidas como los vicios más execrables.

Y son ellos los mejores testigos en esta lucha en que nuestros ideales sobreviven al desbarajuste de todos sus ideales que fenecen.

Adelante.

Marchemos a la conquista de nuestro triunfo futuro. La hora de la victoria se aproxima, y vendrá el día de grandes redenciones para el catolicismo panameño, y el sol alumbrará con mayores fulgores, y las estrellas tendrán mayor brillo y habrá cantos de gloria en el cielo querido de la Patria.

DANIEL SALCEDO G. (A L. S.)

## La Influencia del Cristianismo en la Literatura Española.

(Continuación)

### II.

Alrededor de la Cruz, he dicho, se formó la nacionalidad española, y al hablar así he tenido en cuenta todos los elementos que constituyen la nacionalidad, entre los que ocupa eminente lugar la literatura, y antes que ella la lengua. Y la Cruz fue el lazo principal que mantuvo unida y estableció la homogeneidad entre todos los elementos de la nación, que eran tan heterogéneos como eran distintas las lenguas que en la Península se desprendieron directa o indirectamente del común tronco latino, aparte de la éuscara, de estructura y origen absolutamente diferentes.

No podían las lenguas primeramente referidas abrevarse en otra fuente que la muy pura de los principios fijos que, habiendo penetrado y herido indeleblemente el corazón del pueblo, iban poco a poco formando el sér espiritual de aquéllas, las que habían luego de brillar con tan vivos y espléndidos resplandores. Y tal fue la cohesión establecida por la Iglesia, que muchas de las diversas hablas hermanas vinieron a fundirse inseparablemente. Esta es, pues, una obra fundamental de la Caballería, como agente y portaestandarte de la religión cristiana, que explica toda la historia de la literatura española.

Con los antecedentes dichos no es de sorprender la gallarda manera como aparece la literatura castellana en poemas religiosos; y el primero de ellos quizás, *La Adoración de los Reyes magos*, que encarna la creencia del pueblo en el Hombre-Dios, cantando a aquellos sabios que guiados por la milagrosa estrella se encaminan desde sus lejanas tierras, llegan a Palestina, inquieren, buscan, se afanan, hasta dar con el Infante; y después de adorarle y rendirle el tributo debido como a Dios, como a rey y como a hombre, parten del pesebre humilde a manera de fugitivos, para no cumplir los deseos del tirano, quien los esperaba con ansia para, descubierto el paradero del Salvador de los hombres, acabar de una vez con los temores y angustias de su pecho, haciendo derramar su sangre inocente.

Así se inician las letras españolas con evidente influencia de la tradición cristiana, que abarca enteramente la base fundamental del cristianismo, a saber, desde el nacimiento del Mesías hasta la tragedia de la crucifixión, desde luego que el leproso aquél curado al lavarse con el agua que sirvió para el aseo del niño, es figurado como el buen Ladrón por el anónimo poeta.

Y de aquí en adelante no hay obra en que el aliento literario, ya sea por el asunto, ya por el espíritu y tenor general, no respire el aura del Evangelio, de la civilización cristiana, de la Iglesia católica: palpita en cada uno de los versos y sentimientos del Poema del Cid; es el argumento de Santa María Egipcíaca; y llena, informa y se derrama sobre todas las obras del Rey Sabio, quien de ese modo dejó en las Siete Partidas un monumento de ciencia jurídica y una envidiable reputación de legista cristiano; y él mismo, como queriendo sintetizar más completamente la devoción española en las letras, escribió sus inmortales Cantigas a la Virgen, no en castellano, que en esa época no estaba aún en capacidad de elevar a las regiones altas y serenas del arte los acendrados sentimientos de amor a la Madre del Verbo, sino en el dialecto gallego, ya más perfeccionado y pulido al contacto y al ejemplo de los trovadores del Sur de Francia, de la lengua de oc.

Es insuperable la literatura española por el catolicismo que en ella palpita. Todas las literaturas de Europa, es verdad, pueden gloriarse de contar como maestras obras católicas, pero no puede decirse que sea católico, o siquiera cristiano el conjunto de ellas, con la misma propiedad con que puede decirse de la literatura de España.

En ese período de los vagidos espontáneos del idioma, en el siguiente, que lo fue completamente nacional, en el período de imitación que le siguió, y en el vigoroso resurgimiento nacional del siglo XIX, encontramos el mismo fecundante aliento; que si bien en la última época, el espíritu de aceptación imprudente, desatentada y antipatriótica de modas extranjeras hizo desviar a muchos felices ingenios del estricto camino que la tradición constante les marcaba, y el afán de aparecer como innovadores y adquirir nombre y fama ante los extraños puso en sus labios más de una palabra irónica, más de una volteriana frase, y con-



tribuyó a desacreditar a la patria ante aquéllos a quienes de tal manera se adulaba, tomando en conjunto y no en detalle la obra literaria de dicho período, siempre sale cierto que la influencia cristiana jamás abandonó el campo de las letras. Han aparecido en efecto escritores heterodoxos pero su heterodoxia no ha sido radical. Por motivo de la desconformidad inherente al hombre entre los principios que suele sustentar, y las prácticas a que le impulsa la ingenuidad de su corazón, más sencillo y puro de lo que en general se concede, no logra el espíritu del mal y el error enseñorearse completamente de una obra providencial como lo es la literatura española, fisonomía de su pueblo; de suerte que los aludidos escritores, violando en detalle las leyes históricas de las letras patrias, en el conjunto mostraron estar imbuidos en las leyes de la civilización a que debían su sér de hombres libres e independientes.

Esta influencia se nota desde el principio de la historia literaria, no importa el asunto que manejen los poetas y prosadores, ora sean populares o eruditos; pero conviene a mi propósito insistir sobre hechos especialísimos de la lengua castellana, o mejor dicho, de las lenguas españolas.

### III

El sacerdocio ha sido en nuestras letras el maestro del arte, así como es maestro en lo espiritual. El ha dado el ejemplo en todos los géneros; de su seno han salido los Berceos, los Juan Ruiz, los Juan de la Cruz, los Malón de Chaide, los Luises, los Marianas, Lopes, Calderones, Verdaguer, Colomas.....la mayor parte de los cuales ocupa el principado en sus ramos respectivos; y uno de éstos, Fray Luis de León, debe ser considerado al par que como altísimo poeta, por otros dos aspectos.

Fray Luis de León es el modelador de la lengua: él es quien, más que ninguno otro de su época, se dio cuenta del valor de la elección, lugar, orden y concierto de las palabras al escribir en romance; del juicio que debe guardarse en lo que se dice y en la manera como se dice, a fin todo esto de que haya en lo escrito claridad, armonía y dulzura, para levantar el romance del decaimiento ordinario de las personas que lo hablaban solamente; y agrega que «este camino quise yo abrir, no por la presunción que tengo de mí, que bien sé la pequeñez de mis fuerzas, sino para que los que las tienen se animen a tratar de aquí adelante su lengua como los sabios y elocuentes pasados, cuyas obras por tantos siglos viven, trataron las suyas; y para que la igualen en esta parte que le falta con las lenguas mejores, a las cuales, según mi juicio, vence ella en muchas virtudes.»

Por las palabras anteriores se comprende que el sabio agustino estaba en presencia de una lengua hablada y escrita hasta entonces en cierto modo según la inspiración personal tan sólo; que se dolía de verla cumplir sus destinos sin los caracteres de esplendidez artística que ya adornaban al romance toscano, y sin la seguridad de la vida perdurable, cosas éstas que fueron siempre sello bien marcado de las lenguas sabias como el griego y el latín, que a los recursos naturales ofrecidos por su constitución y estructura sintéticas, agregan el cuidado amoroso de sus cultivadores en pulirlas y perfeccionarlas aplicando a ellas las dotes de la reflexión, y purificándolas con el buen gusto en la elección de palabras y figuras, y en la adopción de elementos verbales o sintácticos extraños.

Surgió, pues, la prosa castellana en *Los Nombres de Cristo* y *La per-*

*fecta casada*, que marcan los nuevos rumbos en que se ilustraron tantos entendimientos de Castilla en los siglos de Carlos V y los tres Felipes.

Pues el catalán es una lengua española ¿por qué no agregar, aunque sea a manera de paréntesis, que fue un santo predicador y mártir, Raimundo Lulio, quien la reveló a sus compatriotas capaz de toda disciplina científica y literaria, quien la fundó, en una palabra?

Pero no para aquí la influencia del cristianismo en el esplendor de nuestra literatura, por la doctrina o por la obra de sus sacerdotes y maestros: otra corona más alta ciñe su excelsa frente.

JOSÉ DE LA CRUZ HERRERA. (A. L. S.)

(Continuad.)

## CARTAS DE COLEGIO

(Continuación.)

*A mi hermana María Teresa.*

7 de Octubre de 189....

Queridísima Maruja: Ya tienes a esta desdichada oveja en el madero, adonde hace cuatro días la trajo papá. Una cosa, con todo, te parecerá bien extraña, como me parece a mí; y es—no sé cómo decirlo—que aquí no me encuentro mal sino a medias. Yo me esperaba otra cosa.... Los jesuitas, a juzgar por los de acá, no son tan *negros* como se los pinta, ni todavía he visto esos pies de cabra, que según fama, debían de tener. Cuanto a los compañeros, ¡cáspita!... Tenías razón, Maruja. De mis amigos del Liceo creo que nunca me olvidaré; pero estos de aquí tienen un *no sé qué* tan distinto de aquellos....

Pero empecemos por el principio. Las divertidas escenas de mi ingreso verbalmente os las ha referido papá con todos sus pormenores: nuestra entrevista con el Reverendo Padre Rector; el *chaparrón* de informes que en presencia de la infeliz víctima descargó papá sobre la vida y milagros de mi ilustre persona, la cual quedó con aquel chubasco en el estado que puedes imaginar; la llegada del Padre Prefecto, como si dijéramos, el Vice-Director del establecimiento, Superior inmediato de maestros y colegiales en lo referente a estudios y gobierno exterior, personificación viva del reglamento; las impresiones de la visita que, acompañados de este señor (más amable y menos ordenancista de lo que por razón de su cargo pudiera temerse), hicimos a todo el Colegio, oyendo de paso las explicaciones que el Reverendo Padre nos daba hasta de los más insignificantes pormenores que nos pudieran interesar, y eso sin fastidiosos cumplidos; etc., etc.

De vuelta a la sala de visitas, papá me dió sus últimos consejos, después me abrazó y salió del Colegio, quedando así cortada la última amarra del buque. Aquí principia en rigor mi papel de noticiero, por que de lo que sigue nadie hasta hoy ha podido informarnos; y la niña mimada, mi Maruja, está que se muere por saber de este *bribón* de su hermano.

Subí de la sala de visitas con el corazón en un puño, y me parecía leer delante de mí escrita con letras de fuego la terrible inscripción de Dante:

“Lasciate ogni speranza voi ch’ entrate.”

La parte de infierno a que me llevaron desde luego, fué uno de los grandes patios de recreo. Quince alumnos que habían entrado ya, charlaban entre sí alrededor de un inspector *vestido de cura*. Escalofríos me vinieron al recordar cómo me habían recibido mis condiscípulos del Liceo, a puñetazos y puntapiés, dados con generosidad y devueltos en la misma moneda. ¡Dios mío! ¿Qué será ahora de mí? pensaba yo cuando nos íbamos acercando al grupo de desconocidos colegiales.

Pronto se disiparon mis recelos. El inspector salió del grupo, adelantándose a saludarnos.—Fernando Alberto N., alumno de Retórica, le dijo el Reverendo Padre Prefecto que me acompañaba,—trátele bien, Padre X., pues será uno de los mejores de la división. ¿No es verdad, Fernando Alberto?

Aquel tono y confianza en mi buena voluntad me llegaron a pesar mío tan al corazón, que respondí sin vacilar mucho:—Sí, Padre; me esforzaré porque así sea.—Y noté, Marujita mía, que iba dejándome coger en la red de estos pícaros jesuitas. ¿Lo sientes mucho, hermanita?

El Padre inspector me tomó de la mano, y me llevó al grupo de colegiales.—Un nuevo alumno de Retórica, dijo al presentarme.—¿Quién se encarga de acompañarle?—¡Yo, yo! respondieron dos de los más jóvenes; los cuales, sin más ceremonias, me agarraron cada uno por un brazo.

—Vamos a dar una vuelta por el patio: nosotros también somos de Retórica. Una clase de chicos hasta allá, y un profesor que ni pintado; por cierto que no te aburrirás.

Y a todo eso, yo sin salir de mi asombro con tal recibimiento, con tales muestras de sincero cariño, pero dejándoles hacer de mí lo que quisieron.

—¿De dónde vienes tú, Fernando A?, me preguntó uno de ellos.

—De tal parte.

—¿De algún colegio católico?

—No, chico; del Liceo.

—Pues entonces aquí lo pasarás mejor. No lo dudes.

—Y ¿qué tal de estudios? me preguntó el otro

—Eso . . . ¡poch! . . . según y conforme.

Y henos aquí charlando por los codos, de nuestros estudios, de nuestras esperanzas y proyectos para el porvenir, como si siempre nos hubiésemos conocido. De vez en cuando uno de ellos se separaba para ir a dar un apretón de manos a otro recién venido, que luego me lo presentaba, logrando yo de ese modo conocer en menos de una hora a cuarenta y tres de ellos, y desde luego quedé como de la familia.

Varias veces había oído hablar del espíritu de unión que reina en los Colegios de jesuitas: y, a la verdad que, si esto se entiende como hasta el presente, ni yo tendré de qué quejarme, ni tú, Maruja, te arrepentirás de haber suavizado con tus buenos consejos la entrada de este *pajarraco* en la jaula, muy linda por cierto, adonde le han traído los abusos de su mal entendida libertad.

Aquella noche primera cené bien y no dormí mal. A la mañana siguiente nos levantamos bastante tardecito, cuando ya el sol entraba por las ventanas del dormitorio. En seguida a la capilla, donde oímos misa y sermón de apertura del curso. Un poco olvidadas tenía las oraciones, y me hallaba como *gallina en corral ajeno* en medio de tantos jóvenes devotos.

Esta tarde y mañana por la mañana, composición escrita de ingreso. He sudado como un negro, Marujita del alma, pues ya comprenderás que va en ello mi honor; y no habiendo sido nunca en el Liceo el úl-

timo de la clase, no lo debo ser aquí, (aunque me malicio que por acá aprieta más en los estudios)

Hay además otra razón. Cuando mamá y Maruja den a este pobre desterrado el alegrón infinito de venir a visitarle (que será dentro de un mes cuando mucho), vereís en la gran sala de visitas varios cuadros de honor para los jóvenes que se portan bien y han merecido por su aplicación y aprovechamiento las mejores calificaciones. Pues bien, ¿qué mejor sorpresa para los dos seres que más me quieren en el mundo juntamente con papá, que ver el nombre de este pícaro Nandito grabado en oro, al lado de los que forman la flor y nata de este Colegio? ¿No te parece, hermanita? Lo que yo me he dicho: ¡ahí, en ese cuadro, es donde han de poner mi nombre por darle gusto a mi Maruja y por cumplir yo la palabra empeñada?—Sí, ahí están las casillas en blanco para los que merezcan tal distinción; y yo o poco he de poder, o he de ser uno de ellos.

Con esto, Maruja, doy por terminada la relación de mis impresiones desde que se fué papá.

Dejo para el jueves próximo lo que queda por decir, que no es poco, según voy viendo cosas de que hasta ahora no tenía la menor idea. Juntamente con un abrazo apretadísimo y besos a papá y mamá te envía el corazón y el alma toda tu hermano.

NANDITO.

P. D. No te escandalizará el calificativo de *matadero*, aplicado en las primeras líneas a este magnífico Colegio. Nada de eso. Creo que más propio es llamarle jaula, y jaula dorada, donde a los pajaritos se les trata mejor que a "*alcones del Rey*" pero se les prohíbe volar por las florestas y bosques en que se meció su nido. Acuérdate de tus Ursulinas.

FERNANDO ALBERTO.

(Continuará.)

## SOBRE EL MODERNISMO

*Conferencias cuaresmales por Monseñor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio del Rosario de Bogotá.*

### EL PROGRESO INDEFINIDO

El príncipe de las tinieblas, para perder al hombre por medio de la soberbia, principia por la tarea de arrebatarle la lumbré divina de la fe. La serpiente, al seducir a Eva, empezó por decirle: No es cierto lo que Dios os ha dicho, que moriréis (1). Así el pecado original fue ante todo un acto de incredulidad. De entonces acá, el demonio no ha cesado en su abominable empresa. Antes de la venida de Cristo sumió al mundo entero en las lobrequeces del paganismo; y apenas predicado el evangelio, dio principio a una serie de errores, que nunca ha cesado en el mundo, desde los cerintianos y ebionitas, contra los cuales escribió San Juan el Evangelio, hasta el modernismo, apellidado por Pio X compendio de todas las herejías.

Este monstruo no había penetrado a tierra colombiana; pero de algunos años acá se ha logrado introducir, no ciertamente en toda su

(1) Gen. III. 4.

crudeza, pero sí lo bastante para perder muchas almas y producir graves trastornos en la marcha de nuestra católica Colombia. Como el sacerdote tiene de deber de premunir a los fieles contra las falsas novedades, he determinado señalarlos en estas conferencias, no todas las doctrinas modernistas, sino aquellas que he visto defendidas en folletos y periódicos y aun en conversaciones familiares.

De un siglo acá, el error se ha presentado como remedio de los males que afligen la sociedad contemporánea. Primero invocó la libertad individual, sin otra restricción que el respeto a la libertad ajena. Se proclamó soberano al individuo; y a la sociedad y a los que la presiden no se les dejó otro papel que el de proteger los derechos sin límites de los ciudadanos. Y vino la Revolución francesa con sus orgías de sangre, y las guerras europeas en tiempo del Imperio; y el liberalismo individualista desapareció ahogado por su capital enemigo el socialismo, que mata al individuo en provecho de la comunidad.

Entonces se proclamó la ciencia como panacea de las humanas desgracias. La física, la química, la mecánica, aumentaron la riqueza, acrecentaron las comodidades, suprimieron las distancias, realizaron las fábulas de los cuentos de las hadas; pero todo ello en beneficio de unos pocos, y con aumento de los infortunios del proletario que agonizaba de hambre. Entonces un insigne publicista francés, de origen racionalista, proclamó la bancarrota de la ciencia.

Ultimamente el modernismo invoca al progreso. Libertad, ciencia, progreso, son cosas buenas, santas, dones de Dios; pero así como la moneda de oro fino acuñada por el Estado no puede compararse a la de estaño fabricada por hombres sin conciencia, así la libertad no debe equipararse al libertinaje, ni la ciencia soberbia a la de los sabios verdaderos, que son siempre humildes; ni el progreso modernista al adelanto cristiano.

La palabra progreso, latín *pro gressus*, significa marcha hacia adelante. Se aplicó primeramente a la locomoción de los cuerpos, y después, por una metáfora, a la marcha del espíritu humano hacia el fin a que Dios le ha destinado. En uno y otro sentido, la idea envuelve la de un punto conocido de partida, la de otro de llegada, y la de un movimiento constante que, alejando al hombre del primero, lo acerque al segundo.

No es este el concepto modernista. Allí la evolución no tiene principio ni término; allí se confunde el movimiento con el adelanto. El viajero que partiendo de Bogotá se encamina a la frontera con Venezuela y toma el camino que conduce a la del Ecuador, se mueve ciertamente, pero no avanza sino que retrocede. Aprender nuevos errores, no es aumentar la ciencia poseída; adquirir deudas pasivas, no es acrecentar el capital.

La teoría que vengo examinando y que se nos presenta como novísima tiene por autor al filósofo griego Heráclito, cinco siglos anterior a la era cristiana. Resucitó la doctrina Hegel y la popularizó Renán en el mundo europeo.

El progreso es propio del hombre, es dón concedido por Dios a las sociedades y a la humanidad entera; y precisamente uno de los rasgos que distinguen la criatura racional de los restantes seres del universo es que el hombre es susceptible de adelanto, a diferencia de las demás especies. Los helechos que cultivamos en nuestras casas son iguales a los fósiles que conservamos en los museos; las abejas de hoy construyen sus panales como las del tiempo de Virgilio.

El punto de partida para cada hombre es el estado en que aparece

en el mundo; para las sociedades y naciones, la situación en que se hallen al constituirse. El término de llegada, para individuos y colectividades, es el que nos indicó Nuestro Señor Jesucristo con estas palabras: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto.» (1) Como a la perfección infinita nos podemos allegar siempre, sin alcanzarla nunca; como una serie siempre susceptible de aumento, se llama indefinida, tenéis claramente que según el concepto cristiano, es posible para la humana especie el progreso indefinido.

Pero si siempre nos es dado adelantar, no siempre vamos avanzando. Donde existieron Babilonia y Nínive, hoy son eriales en que pastores medio desnudos apacientan enflaquecidos rebaños. De la antigua Roma, según la frase del poeta, apenas queda el nombre; y aflige el ánimo comparar la barbarie del siglo décimo, cuando apenas los obispos sabían firmar, con la civilización del siglo IV, en que asombró al mundo el genio de San Agustín y la no superada elocuencia de San Juan Crisóstomo.

Tampoco avanzan paralelamente en todo tiempo las diversas manifestaciones del espíritu humano. El hombre es cuerpo, es inteligencia, es voluntad; y así una es la civilización material, otra la intelectual, distinta de ambas la moral. En el siglo de Augusto, Roma dominó al orbe, la ciudad superó en magnificencia a cuanto habían visto los siglos; se oyó la voz de Cicerón en el Senado, cantó Virgilio, Horacio pulsó la lira divina. Y la mujer era sierva, y los esclavos eran cosas, la consorte de un solo marido se consideraba un portento, y el coliseo se inundaba literalmente en sangre humana, y el pueblo dueño de la tierra no clamaba sino por pan y por juegos circenses.

Los progresos material e intelectual cuando no están al servicio del adelanto moral, lejos de ser benéficos, son el cáncer, la lepra de los pueblos; porque proporcionan al hombre mayores medios para alejarse de sus destinos inmortales; porque el progreso material sin las buenas costumbres lleva en sí el germen de su propia destrucción. Mirad la Roma de los Césares cómo se desmorona al paso de las huestes de los hunos, vándalos y godos; contemplad este diluvio de sangre y de fuego que está inundando el viejo continente y que es el brote natural del olvido de Dios y de sus leyes alimentado por la cultura más perfecta que registra la historia.

Lo más grave de la doctrina modernista, discípula de Hegel y Renán, es que no sólo aplica la teoría de aquel progreso indefinido sin principio, sin fin y sin rumbo, a las manifestaciones de la actividad humana, sino que lo atribuye a la verdad misma. Este será el asunto de mi próxima conferencia.

(Continuará.)

## VARIEDADES.

EL DÍA 25 de los corrientes cumplió 62 años de edad el Ilustrísimo Prelado Diocesano. Con tal motivo, el Boletín le envía sus muy respetuosas y sinceras felicitaciones.

Causa católica resultó la procesión del Sagrado Corazón de Jesús, organizada por la Congregación del mismo nombre y la Asociación La Salle, y efectuada el 17 del presente.

UN NUEVO TRIUNFO para la

LA ASOCIACIÓN La Salle está

(1) Matt, V. 48.

dando los pasos necesarios para fundar en esta ciudad una escuela nocturna gratuita. El Ilustrísimo Señor Obispo, los socios honorarios y varios caballeros norteamericanos residentes en Balboa han ofrecido sus servicios para la realización de tan importante obra. Actuará como Director nuestro socio honorario Dn. Nicolás Victoria J.

DESPUÉS DE LUCIDO examen, han recibido su diploma de bachiller en Estados Unidos nuestro consocio Dn. Ramón E. Mora y el joven Ramón G. Benedetti. En el tercer año alcanzó el primer puesto el joven Carlos Benedetti. Nos complacemos

SALIÓ PARA Venezuela el R. H. Venero Carlos, Visitador de las Escuelas Cristianas. Felicidades.

MEJORA de sus dolencias Don Laurencio Jaén, persona muy estimable, de Penonomé, y entusiasta defensor del Catolicismo. Nos alegramos.

NUESTRO ATENTO saludo para el R. P. Don Federico Suárez, quien llegó últimamente de Penonomé.

DESPUÉS de haber desempeñado por dos años las funciones de Tesorero General y Secretario de la Diócesis, en los primeros días del mes partió para David el R. P. Dn. Eliseo Villarreal T, a encargarse nuevamente de la Vicaría en aquella ciudad. Deseámosle fecunda labor.

MURIÓ EN SONÁ Doña Evangelina L. de Bal, esposa de nuestro amigo Dn. Aristides Bal. Nuestro pésame a los deudos.

ACOMPAÑAMOS en su duelo a nuestra subscriptora la Señorita María D. Miranda, cuya madre ha muerto.

COMENZAMOS a reproducir en el presente número las «Conferencias cuaresmales predicadas en la Catedral de Bogotá por Monseñor Rafael María Carrasquilla,» las que recomendamos a los lectores del Boletín.

LA DIRECTIVA de la Congregación de San Luis Gonzaga, para el período de 1917 a 1918 ha quedado constituida así:

Director, R. P. Modesto Ardaiz, S. J.; Prefecto, Sr. Luis Morales A; Asistentes, Señores Salvador Clarós y Ricardo García; Secretario, Sr. Ernesto A. Morales; Subsecretario, Sr. José María Guerra; Tesorero, Sr. Agustín Donderis; Subtesorero, Sr. Carlos Bernard; Consiliarios, Señores Julio O. Arango y Juan Barrio; Instructor de Aspirantes, Sr. José M. Garrido; Bibliotecario, Sr. Jesús M. Alvarez; Capillero, Sr. Demetrio Icaza. Felicitamos a los agraciados.

## LA PLUMA.

¡Pluma: cuando considero  
los agravios y mercedes,  
el mal y bien que tú puedes  
causar en el mundo entero;  
que un rasgo tuyo severo  
puede matar a un tirano,  
y que otro, torpe o liviano,  
manchar puede un alma pura,  
me estremezco de pavora  
al alargarte la mano!

A. LÓPEZ DE AYALA.

# COLEGIO "LA SALLE"

## I NOTAS SEMANALES.

## II EXÁMENES DE JUNIO.

### 1º AÑO PREPARATORIO.

- I V. M. D'Anello, M. A. D'Anello, C. R. Smith, R. A. Orillac, E. Lince.
- II H. Vaglio, R. A. Alzamora, V. M. D'Anello, G. Vega, F. Motta.

### 2º AÑO PREPARATORIO.

- I H. Granville, R. G. Román, C. Jeager, H. Sosa, O. Cardoze.
- II S. Escobar, M. Julio, V. Ramírez, J. Champsaur, I. Alvarez.

### 1º AÑO ELEMENTAL (A.)

- I J. Heurtematte, A. de la Guardia, A. Gordón, M. de Diego, R. Endara.
- II A. de la Guardia, A. Gordón, J. Heurtematte, G. Chapman, H. Chandeck.

### 1º AÑO ELEMENTAL (B.)

- I C. Romeo, G. Medina, N. Aguilar, F. Pimentel, R. Halphen.
- II C. Romeo, J. Palma, P. Oberto, T. Page, P. Torm.

### 1º AÑO ELEMENTAL (C.)

- I M. M. Muñoz, B. Domínguez, R. Varón, E. Aguilar, R. J. Villalobos.
- II M. M. Muñoz, E. Aguilar, R. Varón, M. Sánchez, T. Champsaur.

### 2º AÑO ELEMENTAL (A.)

- I E. Durling, R. de Diego, F. Alemán, G. Alemán, H. Talla.
- II A. Navarro, E. Durling, E. Vallarino, R. de Diego, M. Villarreal.

### 2º AÑO ELEMENTAL (B.)

- I L. Paredes, P. Gambotti, E. Manelia, R. Navarro, D. Méndez.
- II R. Navarro, L. Paredes, E. Manelia, J. Navarro, P. Gambotti.

### 3º AÑO ELEMENTAL.

- I A. Donderis, P. Tapia, R. Acevedo, E. Román, M. A. Arjona.
- II R. Acevedo, K. Ford, P. Tapia, A. Donderis, V. Aizpurúa.

### 1º AÑO SEGUNDARIO.

- I L. Trujillo, O. Müller, C. Miró, J. Valdés, T. Pérez.
- II J. Valdés, O. Müller, C. Miró, T. Pérez, L. Trujillo.

### 2º AÑO SEGUNDARIO.

- I M. Aguilera, R. Alvarez, F. Ycaza, A. Lescure, E. García.
- II M. Aguilera, R. Alvarez, E. Arias, J. Alió, T. Ycaza.

### 3º AÑO SEGUNDARIO.

- I J. M. Jované, R. Marciacq, J. Jiménez, J. Fábrega, E. Linares.
- II R. Marciacq, J. M. Jované, E. Linares, H. Fábrega, J. Jiménez.

### 4º AÑO SEGUNDARIO.

- I E. Maduro, J. Fábrega, A. Vásquez, G. Maduro, R. Orillac.
- II J. Fábrega, E. Maduro, A. Vásquez, R. Orillac, G. Maduro.



## ENTRETENIMIENTOS

### *Respuestas a las preguntas del número 25*

- 19 Granada Solucionistas: R. Robles, R. Orillac.  
 Racine A. Vásquez, D. Salcedo, J. A. Vega.  
 Acuña C. R. Carvalho L., R. Henríquez, T. Guardia.  
 Niño J. Fábrega, J. Vega, M. Aguilera.  
 Ana E. Maduro, J. M. Jované.  
 De J. A. Susto, M. J. Cucalón.  
 A

- 29 Hay 2 soluciones 1ª 9, 27, 45, 63, 81.  
 2ª 1, 23, 45, 67, 89.

Solucionistas: E. Maduro, R. Orillac, J. Fábrega, R. Robles, T. Guardia, J. Vega, A. Vásquez.

39 El papel: Solucionistas: M. J. Cucalón, R. Robles, R. Henríquez, R. Orillac, A. Vásquez, E. Maduro, M. Aguilera, J. Fábrega, T. Guardia, J. M. Jované, S. Quintero.

### *Entretenimientos propuestos para este mes:*

19 Una familia compuesta del padre, de la madre y de dos niños, quiere atravesar un río en un barco que sólo puede llevar 50 kilogramos de peso de una vez.

Cómo se arreglarán para atravesar el río? Es necesario que alguien vuelva el barco.

El padre pesa 50 kilogramos, la madre 50 kilogramos y los dos niños 25 kilogramos cada uno.

- 29 CHARADA: Consonante la primera  
 y consonante la dos.  
 Nota musical la tercera.  
 Del total inos libre Dios!

39 Dos viajeros A. y B. salen de un mismo punto con distintas velocidades, cuando A. ha caminado 15 millas, B. duplica su velocidad y alcanza a A. seis horas después. Si A. camina 5 millas por hora, cuál es la velocidad de B.

## PENSAMIENTOS.

Quien quiere saber sus defectos, consulte los ojos de su enemigo que los ve antes que él.

Los ojos del lector son jueces más rigurosos que los oídos del espectador.

El hombre generoso escribe con lápiz el mal que le han causado y con tinta el bien que se le ha hecho.